

Domingo XIX - Tiempo Ordinario A



Caminar sobre las aguas

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

1Re 19,9a.11-13a: Ponte de pie en el monte ante el Señor
Salmo 84: Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación
Rom 9,1-5: Quisiera ser un proscrito por el bien de mis hermanos
Mt 14,22-33: Mándame ir hacia ti andando sobre el agua

«¡Ánimo, soy Yo, no tengan miedo!»

Después de que se sació la gente Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras Él despedía a la gente. Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche estaba Él solo allí.

Mientras tanto, la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.



Jesús les dijo:

«¡Ánimo, soy Yo, no tengan miedo!»

Pedro le contestó:

«Señor, si eres Tú, mándame ir hacia Ti andando sobre el agua».

Él le dijo:

«Ven».

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó:

«¡Señor, sálvame!»

Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo:

«¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?»

En cuanto subieron a la barca amainó el viento. Los de la barca se postraron ante Jesús diciendo:

«Realmente eres el Hijo de Dios».

Palabra del Señor

La tempestad calmada

Primera lectura

Entre los primeros profetas de Israel surgen dos figuras que brillan con luz propia: Samuel y Elías. La tradición bíblica les concedió un lugar destacado no solo por el momento crítico en el que actuaron, sino, sobre todo, por la radicalidad con la que asumieron la causa de YHWH. La teofanía del monte Horeb constituye el centro de lo que se ha llamado el “ciclo de Elías”, es decir, la colección de relatos que tienen como protagonista a este profeta (1R 17,1 – 2R 2,1-12).

En esa época había gran confusión y la fidelidad a YHWH y a sus leyes estaba en entredicho porque el rey había introducido cultos a dioses extranjeros (1R 16,31-32). Los nuevos dioses legitimaban la violencia, la intolerancia y la expropiación como medios para garantizar el poder. Elías levanta su voz en contra de estos atropellos y ve en la sequía que azota al país las consecuencias del castigo divino. Elías, entonces, en medio de persecuciones y amenazas comienza una campaña de purificación de la religión israelita. Sin embargo, sus iniciativas producen el efecto contrario y se agudiza la opresión, la violencia y la persecución.

Cansado y desanimado Elías se dirige al Horeb donde descubre que Dios no se manifiesta en los elementos telúricos –en la tormenta imponente o en el fuego abrazador–, sino en la brisa fresca y suave que le acaricia el rostro y lo invita a tomar otro camino para hacer realidad la voluntad del Señor.

Después de la masacre del monte Carmelo (1R 18,20-40), Elías, sin abandonar la denuncia de las injusticias (1R 21,1-29) y aberraciones (2R 1,1-18), opta por animar a un grupo de discípulos para que continúen su misión (2R 2,1-12). Elías descubrió así que por la vía de la violencia no se consigue nada, ni siquiera aunque sea a favor de causas justas. La fuerza de la espada puede imponer el parecer de un grupo de personas, pero no puede garantizar la paz, el respeto y la justicia.

Evangelio

El evangelio nos muestra otra tentación en la que pueden caer los seguidores de Jesús cuando no están seguros de los fundamentos de su propia fe. La escena de la «tormenta calmada» nos evoca la imagen de una comunidad cristiana,

representada por la barca, que se adentra en medio de la noche en un mar tormentoso. La barca no está en peligro de hundirse, pero los tripulantes se abandonan a los sentimientos de pánico. Tal estado de ánimo los lleva a ver a Jesús que se acerca en medio de la tormenta, como un fantasma salido de la imaginación. Es tan grande el desconcierto que no atinan a reconocer en él al maestro que los ha orientado en el camino a Jerusalén. La voz de Jesús calma los temores, pero Pedro llevado por la temeridad se lanza a desafiar los elementos adversos. Pedro duda y se hunde, porque no cree que Jesús se pueda imponer a los «vientos contrarios», a las fuerzas adversas que se oponen a la misión de la comunidad.

Este episodio del evangelio nos muestra cómo la comunidad puede perder el horizonte cuando permite que sea el temor a los elementos adversos el que los motiva a tomar una decisión y no la fe en Jesús. La temeridad nos puede llevar a desafiar los elementos adversos, pero solamente la fe serena en el Señor nos da las fuerzas para no hundirnos en nuestros temores e inseguridades. Al igual que Elías, la comunidad descubre el auténtico rostro de Jesús en medio de la calma, cuando el impetuoso viento contrario cede y se aparece una brisa suave que empuja las velas hacia la otra orilla.

Nuestras comunidades están expuestas a la permanente acción de vientos contrarios que amenazan con destruirlas; sin embargo, el peligro mayor no está fuera, sino dentro de la comunidad. Las decisiones tomadas por miedo o pánico ante las fuerzas adversas nos pueden llevar a ver amenazadores fantasmas en los que deberíamos reconocer la presencia victoriosa del resucitado. Únicamente la serenidad de una fe puesta completamente en el Señor resucitado nos permite colocar nuestro pie desnudo sobre el mar impetuoso. El evangelio nos invita a enfrentar todas aquellas realidades que amenazan la barca animados por una fe segura y exigente que nos empuja como suave brisa hacia la orilla del Reino.

El temor no es hundirnos, sino hundirnos porque tememos

En el Horeb, YHWH pasa delante de Elías, cuyo nombre significa “Mi Dios es YHWH”, para conmemorar el combate contra Baal, el dios crujiente de los cananeos: “Sal de la cueva y quédate para ver al Señor, porque el Señor va a pasar”. Ni en el viento huracanado que partía las montañas y resquebrajaba las rocas, ni en el terremoto, como tampoco en el fuego estaba el Señor; solo después se escuchó el murmullo de una brisa suave y Elías al oírlo se cubrió el rostro y salió a la entrada de la cueva para ver al Señor que iba a pasar. (Primera lectura). Dios no se confunde con hechos deslumbrantes o espectaculares; la revelación en la Palabra no distorsiona el cuerpo, como pretenden ciertas tendencias religiosas. No hay por qué exigirle a Dios manifestaciones espectaculares cuando la Palabra se revela en nuestro interior para reencontrarlo en los demás como el murmullo

de una brisa suave que, al contrario de crear temores, sana la angustia y da paz. En la fe solo se ve lo que se escucha; Elías primero escuchó y luego vio.

Un encuentro desde orillas distintas

Jesús nunca pensó que si se dejaba hacer rey en la algarabía de la multiplicación de los panes se encontraría con su padre Dios; menos los discípulos, a quienes ordenó que subieran a la barca y se fueran a la otra orilla del milagro, sin la gente, porque Jesús se encargó de despedirlos, a lo mejor para evitar reconocimientos humanos. Si el Horeb era para Elías el monte de Dios, para Jesús el monte de Dios era el lugar donde pudiera dialogar con su Padre. El camino y pensamiento de Jesús no era como el de los discípulos, porque ellos estaban en orillas distintas y a distancia considerable, con olas que sacudían porque el viento era contrario, lo que hizo ver a Jesús caminando sobre el agua, como un fantasma que les originó gritos de terror. El maestro recuerda el Horeb cuando les dice: “Yo soy” (Ex 3,14); “tranquilícense y no teman, soy yo el Resucitado” (Evangelio). El caminar de Jesús sobre el mar es el signo del triunfo de la resurrección sobre la muerte, que no requirió una oración de exorcismo contra las olas y el fuerte viento, sino que bastó su presencia de Resucitado, el Espíritu, para sanarlos del miedo.

Este relato lleno de signos de resurrección fue colocado más tarde en el contexto sinóptico de la vida de Jesús.

Ven significa confianza

La certeza de que era el Señor resucitado le permite decir a Pedro: “Señor, si eres tú mándame ir a ti caminando sobre el agua”. Jesús le contestó: “ven”. Al caminar Pedro dejó de sentir la presencia del Espíritu del resucitado en su interior y lo invadió la fuerza contraria del viento como miedo a hundirse. Solo cuando la comunidad conformada por el Resucitado, Pedro y los discípulos, están en la barca el viento se calma; y la barca termina siendo el signo incluyente llamado Iglesia, cuya misión es sanar las angustias por medio de la fe. Y los que estaban en la barca se postraron ante Jesús diciendo: “verdaderamente tú eres hijo de Dios”. La advertencia sigue siendo la misma: “Hombre de poca fe ¿Por qué dudaste?”

Compartamos el sufrimiento de Pablo

Pablo se siente querido por Dios, pero su conciencia le atestigua, con la luz del Espíritu santo que tiene una infinita tristeza y un amor incesante le tortura el corazón: sus hermanos, los de su raza y su sangre, los israelitas a quienes pertenece la adopción, la gloria, la alianza, la ley y el culto y las promesas, la mayoría no han seguido a Pablo, y otros han sido sus peores enemigos” (segunda

lectura). Lo grave es que Dios no se puede negar porque sigue siendo fiel al pueblo elegido: “Si le somos infieles, él se mantendrá infiel, pues no puede negarse a sí mismo” (2 Tm 2,13).

Pablo llega también al reconocimiento de Jesús como signo del amor de Dios; en un proceso que, partiendo de Adán y pasando por Abraham, llega hasta la resurrección de Jesús, quien da su Espíritu para liberarnos de todo obstáculo en la profesión de fe en Jesús: verdaderamente tú eres el hijo, la gloria, de Dios; a pesar de todo Pablo sufre por la suerte de su pueblo, el pueblo judío: “una infinita tristeza y un dolor tan incesante que aceptaría verse separado de Cristo”. Su esperanza radica en que “a Israel pertenece aun la adopción filial, la gloria, la alianza, la ley, el culto y las promesas” (segunda lectura). “Y Dios, no se puede negar porque Dios sigue siendo fiel al pueblo elegido” (2Tm 2,13.) ¿Habremos tomado nosotros, la iglesia, conciencia de nuestra responsabilidad con Israel? ¿O lo seguiremos considerando solo como lugar de peregrinación, memorial del Jesús histórico? Esto tiene importancia para nuestra fe, pero no basta en relación a Israel como pueblo elegido. “¡Hermanos procuren todos imitarme y fíjense en los que proceden según mi ejemplo!” (Flp 3,17).

Bendito el que viene en nombre del Señor

Dios puede estar donde menos lo esperamos, como puede ser en la visita pastoral del Papa Francisco a nuestro país. Preparemos nuestro interior con el mismo o más cuidado del protocolo y la natural buena organización; que va de los detalles hasta el ordenamiento de miles de peregrinos porque puede ser que ahí no encontremos a Dios. La religión nos ha acostumbrado a buscar o encontrar a Dios en forma portentosa y ruidosa; cuando Dios apenas se percibió en el susurro de una brisa suave (primera lectura); o en mi silencio interior en medio de la multitud.

Quienes estaban en la barca constituían la iglesia “sacudida por las olas de un viento contrario”. Las turbulencias de una sociedad agitada como la nuestra por los cambios culturales, su falta de convivencia social e inequidad, sus procesos carentes de inclusión también sacuden la barca de la iglesia en su interior. Hoy la iglesia pasa una mala noche dando la impresión de que el Espíritu del Resucitado no está presente. Si los mensajes del Santo Padre, sus gestos y mirada, la palabra y las celebraciones logran tocar y cambiar nuestro interior, podemos entender lo que significa y repercute en nuestra vida personal, familiar y social: “tranquilícense y no teman, soy yo”, “Señor si eres tú que vayamos a ti caminando sobre nuestras dificultades”; con la fuerza interior de la fe, mayor que el ímpetu de nuestros vientos contrarios. La exclusión, la corrupción, la polarización, las venganzas y los odios y, sobre todo, nuestros egoísmos. Siempre seguiremos teniendo hacia adelante una pregunta: “Hombres de poca fe ¿Por qué dudan?”

Esta crisis no es final ni la más grave, pero si podemos contar con la cercanía del Papa Francisco, sucesor de Pedro, para tener las luces de cómo podemos reorientar nuestro país desde la familia, demos como Pedro, el primer paso, con la seguridad de que no vamos a hundirnos porque el Señor nos cogerá de la mano para subirnos a la barca. Y en gratitud le decimos: “Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios”.

Hagamos nuestra la súplica del salmo 84 para escuchar al papa Francisco: “Escuché las palabras del Señor, palabras de paz para su pueblo santo. Esta ya cerca nuestra salvación, y la gloria del señor habitará en nosotros. La misericordia y la paz se encontrarán, la justicia y la paz se van a besar, la fidelidad brotó en la tierra y la justicia vino del cielo. Cuando el Señor nos muestre su bondad, nuestra tierra producirá su fruto. La justicia le abrirá camino al Señor; e irá siguiendo sus pisadas”.

El temor no es hundirnos, sino hundirnos porque tememos. Demos el primer paso.

La Iglesia: Una barca que debe afrontar las tempestades

Papa Francisco, Ángelus, Plaza de San Pedro, agosto 10 de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!
Hoy, El Evangelio de hoy nos presenta el episodio de Jesús que camina sobre las aguas del lago (cf. Mt 14, 22-33). Después de la multiplicación de los panes y los peces, Él invitó a los discípulos a subir a la barca e ir a la otra orilla, mientras Él despedía a la multitud, y luego se retiró completamente solo a rezar en el monte hasta avanzada la noche. Mientras tanto en el lago se levantó una fuerte tempestad, y precisamente en medio de la tempestad Jesús alcanzó la barca de los discípulos, caminando sobre las aguas del lago. Cuando lo vieron, los discípulos se asustaron, pensando que fuese un fantasma, pero Él los tranquilizó: «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo» (v. 27). Pedro, con su típico impulso, le pidió casi una prueba: «Señor, si eres Tú, mándame ir a ti sobre el agua»; y Jesús le dijo: «Ven» (vv. 28-29). Pedro bajó de la barca y empezó a caminar sobre las aguas; pero el viento fuerte lo arrolló y comenzó a hundirse. Entonces gritó: «Señor, sálvame» (v. 30), y Jesús extendió la mano y lo agarró.

Este relato es una hermosa imagen de la fe del apóstol Pedro. En la voz de Jesús que le dice: «Ven», él reconoció el eco del primer encuentro en la orilla de ese mismo lago, e inmediatamente, una vez más, dejó la barca y se dirigió hacia el Maestro. Y caminó sobre las aguas. La respuesta confiada y disponible ante la llamada del Señor permite realizar siempre cosas extraordinarias. Pero Jesús mismo nos dijo que somos capaces de hacer milagros con nuestra fe, la fe en Él, la fe en su palabra, la fe en su voz. En cambio Pedro comienza a hundirse en el momento en que aparta la mirada de Jesús y se deja arrollar por las adversidades

que lo rodean. Pero el Señor está siempre allí, y cuando Pedro lo invoca, Jesús lo salva del peligro. En el personaje de Pedro, con sus impulsos y sus debilidades, se describe nuestra fe: siempre frágil y pobre, inquieta y con todo victoriosa, la fe del cristiano camina hacia el encuentro del Señor resucitado, en medio de las tempestades y peligros del mundo.

Es muy importante también la escena final. «En cuanto subieron a la barca, amainó el viento. Los de la barca se postraron ante Él diciendo: «Realmente eres Hijo de Dios!»» (vv. 32-33). Sobre la barca estaban todos los discípulos, unidos por la experiencia de la debilidad, de la duda, del miedo, de la «poca fe». Pero cuando a esa barca vuelve a subir Jesús, el clima cambia inmediatamente: todos se sienten unidos en la fe en Él. Todos, pequeños y asustados, se convierten en grandes en el momento en que se postran de rodillas y reconocen en su maestro al Hijo de Dios. ¡Cuántas veces también a nosotros nos sucede lo mismo! Sin Jesús, lejos de Jesús, nos sentimos asustados e inadecuados hasta el punto de pensar que ya no podemos seguir. ¡Falta la fe! Pero Jesús siempre está con nosotros, tal vez oculto, pero presente y dispuesto a sostenernos.

Esta es una imagen eficaz de la Iglesia: una barca que debe afrontar las tempestades y algunas veces parece estar en la situación de ser arrollada. Lo que la salva no son las cualidades y la valentía de sus hombres, sino la fe, que permite caminar incluso en la oscuridad, en medio de las dificultades. La fe nos da la seguridad de la presencia de Jesús siempre a nuestro lado, con su mano que nos sostiene para apartarnos del peligro. Todos nosotros estamos en esta barca, y aquí nos sentimos seguros a pesar de nuestros límites y nuestras debilidades. Estamos seguros sobre todo cuando sabemos ponernos de rodillas y adorar a Jesús, el único Señor de nuestra vida. A ello nos llama siempre nuestra Madre, la Virgen. A ella nos dirigimos confiados.

En medio de la crisis

José Antonio Pagola

No es difícil ver en la barca de los discípulos de Jesús, sacudida por las olas y desbordada por el fuerte viento en contra, la figura de la Iglesia actual, amenazada desde fuera por toda clase de fuerzas adversas y tentada desde dentro por el miedo y la poca fe. ¿Cómo leer este relato evangélico desde la crisis en la que la Iglesia parece hoy naufragar?

Según el evangelista, “Jesús se acerca a la barca caminando sobre el agua”. Los discípulos no son capaces de reconocerlo en medio de la tormenta y la oscuridad de la noche. Les parece un “fantasma”. El miedo los tiene aterrorizados. Lo único real es aquella fuerte tempestad.

Este es nuestro primer problema. Estamos viviendo la crisis de la Iglesia contagiándonos unos a otros desaliento, miedo y falta de fe. No somos capaces de ver que Jesús se nos está acercando precisamente desde esta fuerte crisis. Nos sentimos más solos e indefensos que nunca.

Jesús les dice tres palabras: “Ánimo. Soy yo. No temáis”. Solo Jesús les puede hablar así. Pero sus oídos solo oyen el estruendo de las olas y la fuerza del viento. Este es también nuestro error. Si no escuchamos la invitación de Jesús a poner en él nuestra confianza incondicional, ¿a quién acudiremos?

Pedro siente un impulso interior y sostenido por la llamada de Jesús, salta de la barca y “se dirige hacia Jesús andando sobre las aguas”. Así hemos de aprender hoy a caminar hacia Jesús en medio de la crisis: apoyándonos, no en el poder, el prestigio y las seguridades del pasado, sino en el deseo de encontrarnos con Jesús en medio de la oscuridad y las incertidumbres de estos tiempos.

No es fácil. También nosotros podemos vacilar y hundirnos como Pedro. Pero lo mismo que él, podemos experimentar que Jesús extiende su mano y nos salva mientras nos dice: “Hombres de poca fe, ¿por qué dudáis?”.

¿Por qué dudamos tanto? ¿Por qué no estamos aprendiendo apenas nada nuevo de la crisis? ¿Por qué seguimos buscando falsas seguridades para “sobrevivir” dentro de nuestras comunidades, sin aprender a caminar con fe renovada hacia Jesús en el interior mismo de la sociedad secularizada de nuestros días?

Esta crisis no es el final de la fe cristiana. Es la purificación que necesitamos para liberarnos de intereses mundanos, triunfalismos engañosos y deformaciones que nos han ido alejando de Jesús a lo largo de los siglos. Él está actuando en esta crisis. Él nos está conduciendo hacia una Iglesia más evangélica. Reavivemos nuestra confianza en Jesús. No tengamos miedo.